

Por fin, de improviso la lechuza que ocupaba entonces el centro del círculo terrestre, después de una acalorada discusión con un adversario periférico, se levantó derecha y perpendicularmente a una altura de unos seis a siete metros y allí permaneció inmóvil librada sobre las alas emitiendo repetidos y muy fuertes chirridos: *chrrrr... chi-chi-chi-chi*, que fueron coreados por todas las demás en tierra y en los alambrados; entonces inició un rápido vuelo horizontal dirigiéndose al arroyo donde la siguieron todas las demás compañeras chirriando desahogadamente y mostrando una gran excitación como presas todas ellas por una explosión de rabia y de furor.

Pocos instantes después habían desaparecido todas ellas siguiendo por la quebradita del arroyo sin darme tiempo de determinar dónde habían ido a parar.

Esta escena tan interesante y cómica a un tiempo, quedó grabada en mi cerebro y nunca pude hallar una explicación satisfactoria. En efecto las lechuzas no son aves migratorias y por lo tanto no podía ser una asamblea para emigrar todas juntas; no podía ser tampoco una reunión para dirimir contiendas amorosas por qué la estación era ya bastante adelantada. Más bien me pareció un tribunal para determinar la suerte de algún compañero rebelde o criminal, o para decidir la permanencia o el abandono de una localidad.

Difícilmente se podrá ver otra vez ese espectáculo, pues las pobres lechuzas, las fieles compañeras de las viceachas, al desaparecer éstas, han desaparecido también ellas en gran parte con gran satisfacción de los pequeños roedores de los cuales hacían grandes estragos.

C. SPEGAZZINI.

LA DANZA DE LOS AVESTRUCEES

Durante una expedición arqueológica en la Puna de Jujuy en 1901, fui testigo de un hecho tan extraordinario y poco conocido, en cuanto a las costumbres de los avestruces, que creo deber consignarlo aquí, en las columnas de EL HORNERO.

Venía, uno de los primeros días de noviembre de dicho año, en viaje para San Antonio de los Cobres, actualmente capital de la gobernación de Los Andes, desde la Cuesta del Acay, paso por las montañas entre el valle Calchaquí y la altiplanicie de la Puna, por el que atraviesa el camino de Catamarca y Salta a Bolivia. El camino me llevaba por valles interrumpidos por lomas relativamente bajas, en un territorio desierto y árido, a más o menos 3.700 metros sobre el nivel del mar. La única vegetación se compone de raros arbustos bajos, achaparrados, entre los cuales algunas veces hay escasas matas de pasto duro y también cactáceas. Entre el Acay y San Antonio de los Cobres no hay habitante ninguno, pero en algunos parajes se encuentran casas abandonadas, y, cerca de este último lugar, las ruinas de una vieja fundición de metales, llamada Pompeya.

Llevaba tres peones montados, un indio baqueano a pie y dos o tres mulas cargadas con equipaje y colecciones. Estos venían bastante atrás de mí, cuando bajaba una loma, al pie de la cual estaba una vivienda de indios abandonada, compuesta de tres casas de piedra rodeando un patio de regular extensión, cerrado en el cuarto costado por un corral también construido de piedra. Sabía que estas casas no eran habitadas, por lo que quedé muy sorprendido cuando advertí que en el patio se movían varios individuos que en el primer momento tomé por seres humanos. Detengo mi mula y quedo atónito al ver que se trataba de avestruces que ejecutaban una especie de baile. No me habían oído y pude durante más o menos dos minutos observar a unos 100 metros de distancia, su extraña danza parecida a nuestras «cuadrillas» o «lanceiros». Eran nueve avestruces, de los cuales ocho formaban cuadro, en cuatro parejas, dispuestas en los

cuatro lados del cuadro, frente unas a otras. Las figuras del baile consistían en cambios de lugar de las parejas con sus vis a vis y, por otra parte, en rondas, girando todos los avestruces al rededor del centro del cuadro. El baile se efectuaba con bastante regularidad. El único que parecía introducir desorden en las figuras, era el noveno avestruz, que corría de un lado a otro, juntándose con las distintas parejas e interrumpiendo la regularidad de sus movimientos. Una vez degeneró la ronda en un torbellino desordenado, volviendo sin embargo las parejas a tomar sus posiciones en el cuadro. En esta ocasión el noveno avestruz formó junto a una de las parejas, que de esta manera venía a estar compuesta de tres individuos en vez de dos. Dada la distancia no pude observar sino los desplazamientos de los diferentes individuos, sin alcanzar a distinguir los movimientos de las patas y alas de cada uno.

Absorto en la contemplación de este maravilloso espectáculo, oigo venir detrás de mí los peones. En vano les hago señas para que se paren, y las piedras que hacían rodar las mulas por la falda de la loma llamaron la atención de los avestruces, que interrumpen el baile y huyen por el campo.

Conversando con los peones sobre el suceso, uno de ellos, un catamarqueño, que había hecho muchos viajes por la Puna y por Bolivia, me manifestó que varias veces había oído hablar de estos bailes de avestruces, y dos o tres indios de la Puna, me han dicho también que los habían visto bailar.

Como *Rhea americana Rothschildi* Brab. et Chubb. no existe en estas alturas, es indudable que los avestruces observados por mí pertenecían a la especie *Pterocnemia tarapacensis Garleppi* Chubb., cuya distribución geográfica comprende la altiplanicie de Perú, Bolivia y la Puna argentina.

ERIC BOMAN.

OBSERVACION SOBRE UNA COSTUMBRE DEL ÑANDÚ

Selater y Hudson en su *Argentine Ornithology* que se han ocupado de las costumbres de nuestro avestruz, lo mismo que Francisco Javier Muñiz (1) en su prolijo estudio del ñandú o avestruz americano, no mencionan nada parecido a lo que nosotros hemos observado, por lo que creemos de alguna utilidad darlo a conocer.

Hace ya muchos años había en casa (valle de los Reartes, Córdoba) un avestruz (*Rhea americana Rothschildi*) solitario que gozaba de completa libertad. Sus abundantes ratos de ocio los invertía en mirar los trabajos que se hacían. Manifestaba cierta propiedad que podríamos llamar curiosidad: acompañaba a los peones en los trabajos (alambrar, sembrar, cortar adobes, etc.) y no permitía que otro extraño se aproximase.

Otra de sus ocupaciones era la de espiar la gente que venía a la casa para salir a darle un desagradable recibimiento. Como generalmente eran ginetes, él se aparecía abriendo sus grandes alas o picoteando al caballo, lo que hacía que éste se asustase, huyese o abandonase al jinete.

Este mal entretenimiento le costó la vida.

En el invierno, al caer la tarde, el viento Sur suave y frío empieza a soplar; entonces buscaba dónde pasar la noche, que allí son rigurosísimas. Cavaba un poco, como hacen las gallinas con la tierra, y se echaba en el suelo. Luego, de la tierra que al escarbar había amontonado a su alrededor, alzaba una porción

(1) Francisco Javier Muñiz. — *Escritos Científicos*. Cap. III. Ed. La Cultura Argentina, 1916.